

## La violencia del antagonismo en la constitución de la subjetividad militante. Una lectura desde el trabajo de Damián Selci

The Violence of Antagonism in the Constitution of Militant  
Subjectivity. A Reading from the Work of Damián Selci

**Gastón Fabián**

Universidad de Buenos Aires.

Correo electrónico: [gastufabian@gmail.com](mailto:gastufabian@gmail.com)

**Resumen:** *La publicación de Teoría de la militancia: organización y poder popular a finales del año 2018 ha abierto un nuevo y desafiante panorama para el pensamiento político posfundacionalista, hoy en boga en la filosofía y las ciencias sociales. Siguiendo sus pasos y su crítica a la obra de Ernesto Laclau, en este trabajo mostramos cómo la irrupción del antagonismo juega un papel fundamental en la constitución de la subjetividad militante y cómo la violencia que nos divide nos pone también de frente a la posibilidad de asumir un punto de vista más autónomo, libre de cualquier referencia a un Otro sobreprotector.*

**Palabras clave:** *Violencia, antagonismo, subjetividad militante, Damián Selci*

**Abstract:** *The publication of Theory of Militancy: Organization and Popular Power at the end of 2018 has opened a new and challenging panorama for post-foundationalist political thought, which is today in vogue in philosophy and social sciences. Following in his footsteps and his criticism Ernesto Laclau's work, in this paper we show how the irruption of antagonism plays a fundamental role in the constitution of militant subjectivity and how the violence that divides us also puts us in front of the possibility of assuming a more autonomous point of view, free from any reference to an overprotective Other.*

**Keywords:** *Violence, Antagonism, Militant Subjectivity, Damián Selci*

La publicación de *Teoría de la militancia: organización y poder popular*<sup>1</sup> a finales del año 2018 ha abierto un nuevo y desafiante panorama para el pensamiento político posfundacionalista, hoy en boga en la filosofía y las ciencias sociales. En el libro de Damián Selci resuenan las voces de Laclau, Žižek y Badiou, mientras Hegel y Lacan manejan los hilos de la discusión entre estos tres autores. Pero lo que nos interesa aquí, siguiendo los pasos de Selci, es mostrar cómo la irrupción del antagonismo juega un papel fundamental en la constitución de la subjetividad militante. Es curioso que ni Laclau ni Mouffe le hayan dado una relevancia teórica al punto de vista de la militancia. *Hegemonía y estrategia socialista*<sup>2</sup> y *La razón populista*<sup>3</sup> nos explican con creces de qué manera se forman las identidades colectivas o cómo se construye el Pueblo, pero nada nos dicen acerca del estatuto, o siquiera la existencia, de la militancia política. Selci se encargó de realizar aquella tarea, aunque sin renegar de la herencia que Laclau y Mouffe han dejado tras el célebre texto de 1985. El diálogo que Selci entabla con ellos –especialmente con Laclau, pues su análisis se centra en *La razón populista*– no representa una crítica externa, sino que busca interrogar su perspectiva desde adentro, para hacerla avanzar más allá del atolladero en donde esta quedó atrapada, sin que Laclau y Mouffe lo percibieran. Cumplir con dicho propósito implicaba reintroducir en el terreno del populismo lo que había sido desterrado desde el comienzo: Hegel<sup>4</sup>. La gran osadía de Selci fue someter a Laclau al tratamiento de la dialéctica y poner en evidencia que el planteo más político –el elogio del conflicto perpetuo– llevaba en sí las semillas de su propia despolitización.

En su libro *Sobre la violencia*<sup>5</sup>, Slavoj Žižek distingue tres tipos de violencia. Primero, una violencia subjetiva, que encuadra toda clase de arrebatos de ira,

<sup>1</sup> Selci, Damián. *Teoría de la militancia: organización y poder popular*. Buenos Aires: Cuarenta Ríos, 2018.

<sup>2</sup> Laclau, Ernesto y Mouffe, Chantal. *Hegemonía y estrategia socialista: hacia una radicalización de la democracia*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2015.

<sup>3</sup> Laclau, Ernesto. *La razón populista*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2015.

<sup>4</sup> “Fuera del populismo, nada; dentro del populismo, Hegel”. Selci, Damián. *Teoría de la militancia: organización y poder popular*, op. cit., 22.

<sup>5</sup> Žižek, Slavoj. *Sobre la violencia: seis reflexiones marginales*. Buenos Aires: Paidós, 2009.

desde estallidos como los de la Revolución Cultural en China hasta el terrorismo religioso, la represión estatal y los delitos comunes y corrientes que en número excesivo pueden generar un fuerte impacto en la tranquilidad pública, trastornando lo que se considera una “situación normal”. Que se experimente como violento o no depende del contexto, además del acto en cuestión. Después tenemos dos formas de violencia objetiva. La más obvia es la violencia sistémica, que es una violencia anónima, por ejemplo, la del capitalismo global, que a través de los mecanismos impersonales del mercado selecciona quién vive y quién muere, provocando así los casos de violencia subjetiva más horripilantes y que se manifiestan como una reacción, la mayoría de las veces impotente, frente a la violencia sistémica. Finalmente, está la violencia simbólica, que es la violencia propia de la alienación en el lenguaje, la cual se impone sobre los entes y afecta a los seres humanos en la medida en que los obliga a entrar en procesos de simbolización que, sin embargo, nunca cierran completamente. Partiendo de esta base, nos vamos a concentrar en este último tipo de violencia y, con más precisión, en el momento en que lo simbólico fracasa, cuyo nombre es antagonismo. Para Laclau, la presencia del antagonismo es lo que va a llevar a la política a formularse en términos de una construcción hegemónica<sup>6</sup>, lo que implica que un particular se eleve al nivel de lo universal, algo en cierto aspecto violento.

El problema que nos convoca, entonces, es el del antagonismo, el de la violencia que divide la sociedad en “dos” (revisaremos este punto) y que, además de impedir todo lenguaje común entre los campos enfrentados, vuelve imposible el goce total de una plenitud sin fisuras. Nuestra hipótesis es que la *Teoría de la Militancia* de Selci introduce una manera novedosa de pensar el antagonismo, así

<sup>6</sup> La noción de hegemonía Laclau y Mouffe la toman del aporte de Antonio Gramsci, pero la sofistican teóricamente con categorías de otros autores importantes del siglo XX como Martin Heidegger, Ludwig Wittgenstein o Jacques Lacan. Para un trabajo más específico sobre la contribución de Gramsci a la teoría de la hegemonía, cfr. Mouffe, Chantal. “Hegemony and ideology in Gramsci”. *Gramsci and Marxist Theory*, (Chantal Mouffe, ed.). London: Routledge & Kegan Paul, 1979, 168-204.

como pone de manifiesto que a la teoría política contemporánea (con la salvedad de Badiou) le faltó extraer la posibilidad más importante que abre aquella noción, que es la categoría de militancia. Por eso en el primer apartado indicaremos de dónde viene la concepción de Laclau y Mouffe sobre el antagonismo y qué significa para su teoría política. Paso seguido, en un segundo apartado, mostraremos que lo que Laclau y Mouffe nos dicen al respecto es insuficiente y por eso se torna necesario, como señaló y ensayó Selci, sacar consecuencias de la fuerza originaria de su postura, pero llevándola hasta el final, hasta donde ninguno de los dos se atrevió a hacerlo. Por último, aclararemos cómo de la violencia que obstaculiza el cierre identitario puede emerger una posición subjetiva capaz de disponer de una vida autónoma, libre de cualquier referencia a un Otro sobreprotector.

### Antagonismo

El término antagonismo, que tiene sus raíces en el *agón* griego, señala un conflicto entre contrarios, una cierta enemistad entre personas, grupos o ideas. Luego de la publicación de *Hegemonía y estrategia socialista*, el mismo se convirtió en la categoría central del debate posfundacionalista.<sup>7</sup> No obstante, Laclau y Mouffe tomaron prestado el uso del vocablo de dos tradiciones muy diferentes, aunque ligadas por una afinidad común. Pensar la política como un antagonismo tuvo, durante el siglo XX, una trayectoria derechista y una trayectoria izquierdista. La primera, por supuesto, se condensa en el nombre de Carl Schmitt y en su libro *El concepto de lo político*, donde dice que el antagonismo “constituye la más intensa y extrema de todas las oposiciones”<sup>8</sup>. Recordemos que Laclau y Mouffe conciben lo político desde la división entre un “Nosotros” y un “Ellos”, herencia schmittiana que se remite a la distinción amigo/enemigo [*Freund/Feind*]

<sup>7</sup> Para una reconstrucción de este debate, cfr. Marchart, Oliver. *El pensamiento político posfundacional: la diferencia política en Nancy, Lefort, Badiou y Laclau*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2009.

<sup>8</sup> Schmitt, Carl. *El concepto de lo político. Texto de 1932 con un prólogo y tres corolarios*. Madrid: Alianza Editorial, 2016, 62.

que, para el jurista alemán, definía la naturaleza del concepto y lo separaba del criterio de lo económico, lo moral o lo estético.<sup>9</sup> Para Schmitt, lo político es, sobre todo, una intensidad capaz de manifestarse en cualquier terreno (una discusión aparentemente teológica, económica, moral o judicial, en determinadas circunstancias, puede convertirse en un conflicto político). Determinar quién es amigo y quién es enemigo (o sea, cómo se estructuran y articulan los bandos o agrupaciones) es el producto de una decisión existencial y concreta.<sup>10</sup> Pero Schmitt no tiene tapujos en afirmar que de la decisión deben sacarse consecuencias, si es que hablar de enemistad posee algún sentido. En ese aspecto, la decisión gira en torno al caso serio. Sostener que alguien es *enemigo* (enemigo público) implica estar dispuesto no solo a derrotarlo, sino también, en última instancia (en el caso límite o extremo) a darle muerte física: la posibilidad es intrínseca al concepto.<sup>11</sup> Vale aclarar, sin embargo, que Schmitt, teórico del Estado, piensa (o, más bien, desea, ya que es un defensor del orden) el antagonismo hacia afuera, en el ámbito internacional y no en el doméstico (puertas para adentro la función del Estado es pacificar, neutralizar el conflicto<sup>12</sup>). Si el Estado detenta el monopolio de la decisión política, es evidente que un auténtico *hostis* (enemigo) solo se le puede presentar en la medida en que se trate de otro Estado soberano, frente al cual Schmitt no es partidario de la guerra total y destructiva (por más que exista como posibilidad). Un grupo rebelde o partisano que pone en peligro la unidad estatal no se encuentra en igualdad de condiciones que un Leviatán, por lo que la guerra que fomenta no es

<sup>9</sup> Íd., 59.

<sup>10</sup> Íd., 60.

<sup>11</sup> Íd., 64-65.

<sup>12</sup> La intensidad de lo político se manifiesta al interior del Estado cuando el soberano decide el estado de excepción y señala al enemigo que amenaza o pone en cuestión la existencia concreta del pueblo como una unidad política. Para Schmitt, el antagonismo que irrumpe en el territorio nacional debe ser neutralizado rápidamente y de manera contundente. La ocasión reclama que alguien se muestre capaz de decidir, para restituir la situación normal. Si eso no ocurre, si la decisión se posterga, la guerra civil aparece como una posibilidad cada vez más real de disolución del Estado. Schmitt, Carl. *Teología política*. Madrid: Editorial Trotta, 2009.

la de soberanos mutuamente reconocidos; es la guerra civil, la *stásis*, que es a lo que lleva para Schmitt el conflicto interno en tanto no sea relativizado por el Estado.<sup>13</sup> Ahora bien, Laclau y Mouffe van a romper con la idea schmittiana, extrayendo de ella su energía, pero “interiorizando” el antagonismo.<sup>14</sup> Si con Schmitt puede decirse que la humanidad no existe<sup>15</sup>, Laclau y Mouffe sostendrán que lo que no existe es la sociedad<sup>16</sup> (como totalidad racional cerrada y armónica). Y el síntoma de su inexistencia se llama antagonismo.

La otra tradición a la que retornan (y que deconstruyen) es la marxista, que, en palabras de Lenin, hace hincapié en la lucha de clases, pero más fundamentalmente en el carácter irreconciliable de este conflicto de intereses entre capital y trabajo, burguesía y proletariado. La expresión del antagonismo es ni más ni menos que el Estado, el poder político que frena la guerra civil y mantiene intacto el orden vigente.<sup>17</sup> Según Mao Tse-Tung, el antagonismo es la más intensa de las contradicciones, puesto que clausura toda instancia de diálogo o negociación: la enemistad absoluta únicamente puede resolverse venciendo a la clase enemiga y destruyendo (transformando) las bases materiales sobre las que se apoya.<sup>18</sup> Que el antagonismo sea lo que parte la sociedad al medio y no encuentre solución bajo sus mismos parámetros significa que la dictadura del proletariado es un momento necesario en la transición al comunismo,<sup>19</sup> debido a que no alcanza con desalojar a la burguesía del control del Estado y expropiarla, sino que hay que someterla y quebrar su resistencia. La superación del antagonismo consistirá entonces en ir reduciendo paulatinamente la intensidad

<sup>13</sup> Schmitt, Carl. *Teoría del partisano: acotación al concepto de lo político*. Madrid: Instituto de Estudios Políticos, 1966.

<sup>14</sup> Sobre el diálogo de Chantal Mouffe con Carl Schmitt, *cfr.* Mouffe, Chantal. *El retorno de lo político. Comunidad, ciudadanía, pluralismo, democracia radical*. Barcelona: Ediciones Paidós, 1999. O también Mouffe, Chantal. *En torno a lo político*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2007.

<sup>15</sup> “La humanidad no es un concepto político, y no le corresponde tampoco unidad o comunidad política ni posee estatus político”. Schmitt, Carl. *El concepto de lo político...*, op. cit., 85.

<sup>16</sup> Laclau, Ernesto y Mouffe, Chantal. *Hegemonía y Estrategia Socialista*, op. cit., 151.

<sup>17</sup> Lenin, Vladimir Ilich. *El Estado y la revolución*. Buenos Aires: Nuestra América, 2006, 22.

<sup>18</sup> Tse-Tung, Mao. *Sobre la práctica y la contradicción*. Madrid: Ediciones Akal, 2010.

<sup>19</sup> Lenin, Vladimir Ilich. *El Estado y la Revolución*, op. cit., 44.

del conflicto, hasta que este pueda encausarse por los canales del entendimiento humano.<sup>20</sup> Laclau y Mouffe tomarán la idea de una división interna que impide el cierre social (total), pero critican tanto el esencialismo de clase de esta teoría del antagonismo (así como confundir el antagonismo con la contradicción dialéctica) como la ilusión de algún día erradicarlo.

Para Laclau y Mouffe, no hay identidades preestablecidas anteriores al proceso de identificación o representación; no hay Sujetos (con mayúscula, preconstituidos, unificados), sino posiciones de sujeto (porque el sujeto está barrado)<sup>21</sup>. Desde su punto de vista, todo orden social depende de un tipo de articulación que ellos denominan hegemonía. Pero para poder sostener esta hipótesis, necesitan distinguir el antagonismo de las oposiciones reales (entre entidades objetivas, o sea, las relaciones de fuerza o las fricciones entre cuerpos que estudia la física) y de las contradicciones lógicas (proposicionales o entre conceptos, incluyendo aquí la lógica dialéctica, donde, al menos en la interpretación que Laclau y Mouffe hacen de Hegel, la negatividad de la transición es recuperada en una totalidad racional cerrada y positiva, o sea, en una inmanencia sin fisuras). El antagonismo es una (no) relación entre polos o campos (una frontera) que obstaculiza y torna imposible la realización (suturación) de identidades plenas. La paradoja, sin embargo, es que ese mismo obstáculo es la condición de posibilidad de identidades parciales (frágiles, precarias, pero identidades al fin y al cabo), ya que es por su diferencia con el “Ellos” que el “Nosotros” logra afirmarse, siempre de manera incompleta. Allí se expresan, dirán Laclau y Mouffe en *Hegemonía y estrategia socialista*, los límites de toda objetividad.<sup>22</sup> Por eso la negatividad del antagonismo es irreductible: sin el “Ellos” no hay “Nosotros”. Es indispensable una exclusión (constitutiva) a partir de la cual reconocernos, más allá de nuestras diferencias particulares (predominio de la lógica de la equivalencia por sobre la lógica de la diferencia o,

<sup>20</sup> Íd., 90-91.

<sup>21</sup> Laclau, Ernesto y Mouffe, Chantal. *Hegemonía y estrategia socialista*, op. cit., 156.

<sup>22</sup> Íd., 168-169.

en otras palabras, los elementos particulares se reescriben en el lenguaje de la universalidad). Si una sociedad transparente, sin conflicto, fuera posible, no harían falta las prácticas hegemónicas; de la misma manera que si, aun existiendo campos antagónicos, las fronteras que los separan permanecieran fijas. La hegemonía es consecuencia de que aparecen tensiones que no se pueden simbolizar (lo real lacaniano, que es el nombre del fracaso del proceso de simbolización), pero también de que los límites de la sociedad son instituidos de forma contingente, lo que habilita una amplia variedad de articulaciones de elementos o significantes flotantes en torno a un punto nodal que cambia según las circunstancias. Hegemonía es esa relación a través de la cual un particular representa la universalidad de una cadena equivalencial y encarna (transitoriamente) la plenitud ausente de la comunidad.<sup>23</sup> Como aquí estamos hablando de la construcción discursiva de la realidad, quien es designado como enemigo es tomado por un obstáculo a superar, a ser derrotado, para así conquistar la felicidad, la libertad u otro fin “escatológico”. Claro que Laclau y Mouffe nos tienden una “trampa”: derrotar al enemigo es imposible, porque el enemigo es lo que nos hace ser lo que somos. De ahí que, cuando parezca que lo hicimos, nos invada una terrible insatisfacción o disconformidad, que prontamente llevará a que un nuevo Enemigo se presente (porque el Nosotros se divide). Conclusión, por cierto, que sigue los pasos del psicoanálisis. Freud señaló el problema en *El malestar en la cultura*, al advertir que una vez que el poder soviético acabara con la burguesía, se buscaría otro contendiente. El texto, por supuesto, fue publicado antes de las grandes purgas de los años 30.<sup>24</sup>

No debemos olvidar que el populismo no es una especie de régimen ni una ideología, sino una *forma* de construir el pueblo, que, dependiendo de los significantes que lo articulen, estará más próximo a los valores de la izquierda o a

<sup>23</sup> Laclau, Ernesto. *La razón populista*, op. cit., 214.

<sup>24</sup> Freud, Sigmund. “El malestar en la cultura”. *Obras completas, Volumen 21 (1927-31)*. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1992, 65-140.



los de la derecha<sup>25</sup>. Se trata, en definitiva, de una estrategia discursiva que, ante la proliferación de demandas insatisfechas (luchas, reivindicaciones, resistencias) frente a un poder insensible a ellas, pretende dibujar (retroactivamente) una frontera y dividir la sociedad en dos campos, movilizándolo a los de abajo contra los de arriba.<sup>26</sup> Que el antagonismo se torne visible y politice las conciencias supone que existía una disconformidad con el orden de cosas, una brecha irresuelta, una imposibilidad por parte de las instituciones de asimilar y solucionar los diferentes reclamos. Ahora bien, la formación de una cadena equivalencial necesita, además del antagonismo, de una identificación afectiva con un significante vacío que representa a cada particular y a la nueva totalidad que han pasado a integrar. El significante vacío, un particular que oficia como universal, es el significante hegemónico.<sup>27</sup> Y hegemonía significa una negociación permanente hacia adentro del frente o movimiento popular (porque la identidad se construye desde y sobre la diferencia), cuya coherencia, estabilidad y potencia transformadora dependerán de cómo se medie el vínculo entre su extensión y su intensidad. A partir de aquí, entramos en un juego de articulaciones, desarticulaciones y rearticulaciones (la frontera es móvil y es susceptible de ser desplazada, los significantes pueden ser traccionados y resignificados por el campo contrario, una cadena de equivalencias puede implosionar por estar sobrecargada de contradicciones o por ser demasiado heterogénea, etc.) que no tiene fin, porque representa para Laclau y Mouffe la esencia de lo político en el mundo precario y contingente de los asuntos humanos.

En este punto, cuando parece que Laclau y Mouffe nos han llevado a la panacea de lo político, presentándonos un esquema donde pueden variar las posiciones, pero no el esquema como tal (es imposible una sociedad reconciliada consigo misma, sin violencia ni alienación), Selci va a marcar el problema estructural de su discurso y la necesidad de superarlo *desde adentro*.

<sup>25</sup> Mouffe, Chantal. *Por un populismo de izquierda*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores, 2018.

<sup>26</sup> Laclau, Ernesto, *La razón populista*, op. cit., 99.

<sup>27</sup> Íd., 124-125.

**Selci “dentro y contra” Laclau**

No vamos a enumerar uno por uno los argumentos de Selci, pero sí recoger una de sus críticas a la teoría del populismo y que es el núcleo de su razonamiento. Selci sostiene que la relación Nosotros/Ellos se encuentra mal planteada. Porque no es la presencia del Otro lo que obstaculiza nuestra plenitud frustrada, sino que es el mismo “Yo” el que es imposible (el sujeto está desde el comienzo dividido, barrado, nace de la alienación en la cadena significante) y el que, para no hacerse cargo de su contradicción, la proyecta hacia afuera, la externaliza<sup>28</sup>. El Pueblo, que es un efecto del discurso, se termina presuponiendo como una sustancia que borra su propia causalidad contingente y es por eso que busca en el “Ellos” la razón de su insatisfacción: el problema está afuera<sup>29</sup>. El aporte decisivo de *Teoría de la militancia* es el desplazamiento del punto de vista (para pasar al materialismo dialéctico<sup>30</sup>) y puede sintetizarse con la siguiente fórmula: *la contradicción externa es la contradicción interna*. De este axioma Selci va a derivar todas sus consecuencias militantes. El antagonismo, en ese sentido, no va a ser “superado”, reconciliado con una totalidad racional panlógica. El antagonismo, explica Selci, se *interioriza*. No lo podemos simbolizar, porque el antagonismo es lo real lacaniano, lo irreductible, lo que está fuera de las posibilidades del lenguaje (nuestro acceso a él es siempre distorsionado), un agujero en el orden del significante que nos impide la entrada a la “plenitud edénica”. Y, aun así, va a

<sup>28</sup> Selci, Damián. *Teoría de la militancia: organización y poder popular*, op. cit., 36.

<sup>29</sup> Íd., 48.

<sup>30</sup> Selci toma el materialismo dialéctico de la lectura lacaniana que Žižek hace de la obra de Hegel, cuyo máximo nivel de desarrollo se encuentra en Žižek, Slavoj. *Menos que nada: Hegel y la sombra del materialismo dialéctico*, (Antonio José Antón Fernández, trad.). Madrid: Ediciones Akal, 2015. Para Žižek, la dialéctica implica que cada concepto “está en guerra consigo mismo”, o sea, lleva el antagonismo en su propia esencia, por lo que nunca se basta por sí solo, viéndose impulsado a superar su contradicción interna. Es en ese permanente automovimiento (la negatividad) que el concepto deviene otro. Y el aspecto materialista de esa dialéctica lo que supone es que siempre hay un exceso (lo real lacaniano, el antagonismo, etc.) que no puede ser asimilado por el discurso. Pero ese exceso no es el resto de objetividad mínima que el pensamiento no logra capturar, porque el obstáculo externo que impide su plena identidad le es en verdad inherente, es decir, no está afuera del pensamiento. Selci señala este punto en *Teoría de la Militancia: organización y poder popular*, op. cit., 59-61.

encarnarse, dentro del mismo campo de lo simbólico, en lo que Lacan llama el *objeto a* (los objetos parciales que hacen de semblantes de la Cosa de goce perdida, la *das Ding* freudiana). El *objeto a* no es exterior al discurso, pero tampoco puede ser asimilado por él: es una *extimidad* (juego de palabras con el que Lacan refiere a una intimidad exterior), algo que se interioriza, nos dice Selci, a la manera de un hueso atragantado o una espina en la garganta: el antagonismo es la contradicción que divide al sujeto y que sólo al ser expulsada será conceptualizada como un conflicto externo.<sup>31</sup> Laclau no ve esto, lo que lo hace caer en la trampa del mal infinito: mientras el Enemigo se encuentre ahí “afuera”, la lucha antagónica será eterna, no acabará jamás. Laclau y Mouffe, en este punto como en tantos otros, son profundamente schmittianos, puesto que lo que Selci descubre como una inconsistencia lógica de su teoría es, además, un aspecto que los autores consideran deseable e inevitable dentro de su proyecto teórico-político.

Reiterémoslo: la gran contribución de Laclau y Mouffe al pensamiento político ha sido definir el antagonismo como lo Real-imposible, como aquella fractura insuperable que nos separa de la Cosa, como lo que distorsiona nuestra perspectiva y, en palabras de Žižek, impide que asumamos una visión “neutral” del objeto.<sup>32</sup> En su teoría de la hegemonía, el *objeto a* es el significante vacío, cuya función no es otra que la de positivizar una falta (la negatividad, la carencia).<sup>33</sup> Este objeto sublime, al encarnar la plenitud ausente, se eleva a la dignidad de la Cosa. Sin embargo, para llegar a la verdad es necesario “pasar por el error” (como decía Hegel<sup>34</sup>) y es imprescindible constatar que en la localización que Laclau y Mouffe hacen del antagonismo lo que se pierde es el antagonismo mismo. Lo que está de más, señala Selci, es la creencia de que la Oligarquía tiene lo que nos falta,

<sup>31</sup> *Íd.*, 47.

<sup>32</sup> Žižek, Slavoj. *Menos que nada: Hegel y la sombra del materialismo dialéctico*, op. cit., 302-303.

<sup>33</sup> Laclau, Ernesto. *La razón populista*, op. cit., 149.

<sup>34</sup> Hegel, Georg Wilhelm Friedrich. *Fenomenología del Espíritu*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2015, 27-28.

lo que requerimos para colmar el vacío de nuestro ser, la llave de la felicidad del Pueblo. En esos términos es que el autor plantea que derrotar al Enemigo es derrotarnos a nosotros mismos<sup>35</sup>. O sea: tomar conciencia de la inconsistencia del gran Otro, de que también está en falta. Y de manera mucho más provocativa: de que *el imperialismo es un tigre de papel*.<sup>36</sup> Por ello, parafraseando a Hegel, cuando el sujeto corre el velo del antagonismo para ir a ver lo que hay detrás, se encuentra consigo mismo. De ahí que el verdadero antagonismo se experimente al interiorizar el antagonismo, al asumirlo como propio, como contradicción interna. Žižek observó con claridad el problema cuando escribió que “el auténtico antagonismo es siempre reflexivo, es el antagonismo entre el antagonismo «oficial» y lo que es clausurado/obstruido por él”.<sup>37</sup> Lo que el antagonismo oficial obstruye es ni más ni menos que la responsabilidad militante sobre el mundo.

En la jerga de Selci, interiorizar el antagonismo, el trauma que “no nos deja ser nosotros mismos”, significa trasladar el antagonismo populista entre Pueblo y Oligarquía al interior del Pueblo mismo, o sea, ver en el antagonismo una contradicción y ver en la contradicción externa (Pueblo/Oligarquía) una contradicción interna (contradicción en el seno del Pueblo). Nótese que en la teoría de Laclau y Mouffe, al asignar toda la responsabilidad de nuestro malestar a la Oligarquía, el Pueblo se despolitiza, ya que asume el punto de vista de la *Inocencia* o el Alma Bella, mientras que la Oligarquía, culpable de la desigualdad, la injusticia, el atraso y derivados, ocupa el lugar del *Parásito*<sup>38</sup>. Por eso, donde Laclau y Mouffe se atascan, Selci encuentra el orificio para avanzar. Justamente porque el antagonismo, además de ser la división entre “Nosotros” y “Ellos”, es la

<sup>35</sup> Selci, Damián. *Teoría de la militancia: organización y poder popular*, op. cit., 19.

<sup>36</sup> Esta es una frase legendaria de Mao Tse-Tung, que a primera vista puede parecer una provocación exagerada, pero que en realidad encierra una verdad muy profunda. El imperialismo es otro nombre para la división o la contradicción en el seno del pueblo. Si los pueblos no estuvieran fracturados, la oligarquía y el imperialismo caerían por su propio peso.

<sup>37</sup> Žižek, Slavoj. *Menos que nada: Hegel y la sombra del materialismo dialéctico*, op. cit., 666.

<sup>38</sup> Selci, Damián. *Teoría de la militancia: organización y poder popular*, op. cit., 38.

división del “Nosotros” como tal, hay que ir hasta el fondo y observar que el Pueblo está partido al medio y se encuentra escindido entre “politizados” y “cualunques”, entre quienes frente a la irrupción antagonista cambian su manera de pensar y ven las cosas con otros ojos y quienes niegan que haya ocurrido algo que modifique su existencia<sup>39</sup>, postura esta última que puede sintetizarse con la expresión coloquial “mañana hay que ir a trabajar igual”. Laclau y Mouffe llegan hasta ahí: su perspectiva da cuenta de las diferencias internas al pueblo (la heterogeneidad) como de la capacidad del “Ellos” de “capturar” demandas que el “campo popular” no logró articular, pero no van más allá de la politización. Y al no ir más allá de la politización, se les escapa la paradoja dialéctica de que la politización que no deviene militancia, porque no se hace cargo de su Idea, se despolitiza en el momento en que transfiere al “Otro” la responsabilidad sobre el estado del mundo. Para la conciencia politizada “todo es político”, mientras que el cualunquese refugia en el espacio “apolítico” de lo “social”, olvidando que toda práctica se ha sedimentado y que tiene un origen (un momento instituyente) político. Solo que el politizado “nace muerto”: se infla de orgullo, se siente moralmente superior a los cualesunques, se cree dueño de la verdad, pero su verdad se demuestra falsa al no poner lo único que tiene –el cuerpo– al servicio de la Causa que lo ha convocado. Postula al Antagonismo (de Laclau) como el Acontecimiento (de Badiou<sup>40</sup>), aunque todavía le resta extraer

<sup>39</sup> Íd., 72.

<sup>40</sup> La filosofía de Alain Badiou es complejísima como para exponerla en unas pocas líneas. A los fines de este trabajo y para esclarecer la violencia que el Acontecimiento ejerce sobre nosotros, escogemos esta cita, que consideramos bastante representativa de su punto de vista: “Es una violencia que se nos hace. Estoy perfectamente de acuerdo con esta visión. Me parece, además, totalmente platónica. ¿Quién no ve la violencia, encantadora y sutil sin duda, pero implacable, que Sócrates ejerce sobre sus interlocutores? En lo que yo propongo, la constricción es doble. Primero, está la contingencia brutal del acontecimiento, que nos expone a una elección que no hemos deseado: ¿la incorporación, la indiferencia o la hostilidad? ¿El sujeto fiel, el sujeto reactivo o el sujeto oscuro? Luego está la construcción, punto por punto, del cuerpo, que somete al individuo a disciplinas anteriormente desconocidas, ya se trate de nuevas formas de la demostración en matemáticas, de la fidelidad amorosa, de la cohesión del Partido o del abandono de las viejas y deleitables formas artísticas por la aridez sacrificial de las vanguardias. Es también eso la Ideación: la representación de la potencia universal de aquello cuya particularidad inmediata es, muy a menudo, peligrosa, inestable, angustiante a fuerza de no estar garantizada por nada”. Badiou, Alain. *Segundo manifiesto por la*

todas las posibilidades que el mismo habilita y experimentar la fidelidad no declamativamente, sino entregándose a la incertidumbre de una vida nueva. En esa clave, la violencia atraviesa al politizado de principio a fin, porque tiene un pie en el cualquierismo que quiere dejar atrás tanto como en el compromiso militante que aún no ha asumido por completo. Es necesaria una decisión, un salto de locura, para que una subjetividad distinta nazca de las entrañas del Pueblo.

Recapitulando: lo que Selci busca transmitir con su libro es que el Enemigo es lo que ponemos en él y que, por ende, si interiorizamos el antagonismo, si el Pueblo supera su división entre politizados y cualesques, si todos nos convertimos en militantes, entonces del Enemigo “no queda nada”, porque pierde toda consistencia simbólica<sup>41</sup>. Cuando una minoría domina a una mayoría mucho más grande se debe, generalmente, a que la mayoría está alienada, fragmentada y sin confianza; porque no se concibe como mayoría real, política, unificada. En la perspectiva de Selci, la Oligarquía gobierna porque el Pueblo se lo permite, porque el Pueblo obedece, porque el Pueblo es oligárquico, porque no ve que la causa de sus problemas es inherente a sí mismo: el obstáculo externo es en realidad interno. Que los proyectos nacional-populares nunca pudieran derrotar a los sectores privilegiados es resultado, para Selci, de un déficit de “batalla cultural”, de disputa por el sentido, de politización social. De que el Pueblo no se ha vuelto militante<sup>42</sup>.

### La subjetividad militante

Hemos visto que con la interiorización del antagonismo aparece la figura del politizado, que es lo contrario al cualquier (o, más bien, el cualquier es lo contrario al politizado, porque surge como reacción a él). El politizado ha sido marcado, ha sufrido una conversión, ha cambiado su vida para siempre, porque

*filosofía*. Buenos Aires: Manantial, 2010, 118.

<sup>41</sup> Selci, Damián. *Teoría de la Militancia: organización y poder popular*, op. cit., 19.

<sup>42</sup> Íd. 15-16.

ya no puede emplear los viejos esquemas para comprender el mundo en el que está inserto. Por eso la pasión, el fervor y el entusiasmo con los que experimenta su fidelidad al Acontecimiento devienen en una angustia insoportable, generada por la ligera sospecha de que el Otro no “existe”. Selci explica que en el politizado la Inocencia se transforma en *Culpa*<sup>43</sup>, en el sentimiento de que no está haciendo lo suficiente. Por eso equipara la politización a la *Caída*, que nos despierta violentamente de la estupidez y nos pone frente a frente con el riesgo inherente a la lucha. Entonces el politizado, que para el cualquierismo pulcro representa un *Parásito* raro y perturbador, descubre que el verdadero obstáculo que mantiene en pie la *Inocencia* del Pueblo es él mismo. De manera genial, Selci señala que es la politización la que encarna el *objeto a*<sup>44</sup>, la imposibilidad de una Sociedad reconciliada consigo misma (el acceso directo a la Cosa). El politizado ve todo con los ojos del antagonismo, encuentra en cada situación un escenario de conflicto primordial, donde está en juego lo más importante, que es la realización de la Causa. Sin embargo, no puede como simple conciencia politizada “superar” su contradicción con el cualquier, cuya pasividad denuncia como el sostén de la consistencia simbólica de la Oligarquía. Para que la dialéctica avance, el politizado necesita devenir otra cosa, necesita interiorizar la contradicción, necesita volverse militante. En vez de formular demandas a un Otro, hacerse cargo de los problemas, hasta el punto de saberse *parte del problema y parte de la solución*. Esto implica ir más allá del populismo.

La transición de la conciencia politizada a la militancia se da en dos niveles. Primero, una confianza subjetiva en el Pueblo: en sus capacidades y en sus posibilidades<sup>45</sup>. Esto significa que el Pueblo puede salir de la lógica cualquier de la demanda, de la curvatura de la pulsión, que goza (se satisface a sí misma) en su repetitivo fracaso, en su no encontrar la respuesta que solicita. La confianza,

<sup>43</sup> Íd., 73.

<sup>44</sup> Íd., 77.

<sup>45</sup> Sobre la categoría de confianza y sus diferencias con la creencia, cfr. Badiou, Alain. *Teoría del Sujeto*. Buenos Aires: Prometeo Libros, 2008.

como categoría de la ética, es un axioma, un postulado que no necesita demostrarse de antemano. Es un imperativo, que prescribe una actitud, un posicionamiento<sup>46</sup>. Esto es lo que se puede llamar el “optimismo ontológico”, que es lo que define al militante que se incluye como un factor de la situación sobre la que predica. En este caso, la confianza no supone que el Pueblo es bueno, manso, santo, inocente o que le es imposible equivocarse. Todo lo contrario: el Pueblo, lo admita o no, es responsable de su propio destino. De ahí que la confianza no sea la postura paternalista de un tutor o un maestro frente a su discípulo menor de edad, sino la del “amigo del pueblo”, que lo trata y le exige siempre como a un adulto en condiciones de decidir por sí mismo.<sup>47</sup> Ahora bien, lo que nos termina de sacudir, de arrancar de la comodidad de la demanda inocente, dice Selci siguiendo a Žižek, es la Conducción, el gesto del Amo que no cede en su deseo y pone en evidencia que lo imposible es posible<sup>48</sup>. El politizado se convierte en un militante orgánico cuando imita el ejemplo del Amo (que encarna la función del sujeto supuesto saber), que derrama su gracia sobre el Pueblo y lo empodera<sup>49</sup>. Si para la politización era imprescindible el impacto del antagonismo (Acontecimiento), para la conformación de la subjetividad militante se torna fundamental una violencia que “viene de afuera” y pone a la conciencia politizada ante el abismo de su libertad (no hay autoanálisis, diría Lacan<sup>50</sup>). Esta violencia es imposible de asimilar y obliga a su destinatario a tomar una decisión existencial, a responder a la pregunta: *¿qué hacer?* La conciencia politizada,

<sup>46</sup> Selci, Damián. *Teoría de la Militancia: organización y poder popular*, op. cit., 97.

<sup>47</sup> Íd., 98.

<sup>48</sup> Žižek, Slavoj. *Menos que Nada: Hegel y la sombra del materialismo dialéctico*, op. cit., 7-8.

<sup>49</sup> Selci, Damián. *Teoría de la Militancia: organización y poder popular*, op. cit., 103.

<sup>50</sup> Que no hay autoanálisis significa que no somos un Yo transparente que, mediante una reflexión introspectiva, puede curar sus síntomas gracias a la identificación de sus causas. No tenemos acceso directo a “nuestro” inconsciente, ya que el inconsciente es el discurso del Otro. No hay acto analítico sin deseo del analista. En otras palabras: el analista es parte fundamental del concepto de inconsciente, operando en él de manera retroactiva. La *Teoría de la militancia* de Selci traduce este problema del siguiente modo: para que el cualquiere “despierte” o para que el politizado decida militar, deben ser interpelados. La analogía con la religión es clara, donde la revelación o el llamado cumplen un papel primordial en la transformación subjetiva.



entonces, puede permanecer dividida, entre la íntima certeza que tiene de sí (creerse un Yo soberano y unitario, que se basta por sí mismo) y su inconsistencia en el campo simbólico donde tiene que actuar para probar la verdad de lo que dice (fracasando siempre), o puede hacerse cargo de su contradicción y poner su cuerpo al servicio de la Idea, hasta el punto de organizarse con otros para transformar la realidad que antes simplemente denunciaba o describía. El salto del politizado al militante es el *salto* de una vida individual a una vida no-individual. No hay gradualismos en el medio.

Hasta ahora, la teoría política ha hablado mucho de la politización pero poco de la militancia. Por ejemplo, Judith Butler escribió *Cuerpos aliados y lucha política: hacia una teoría performativa de la asamblea*<sup>51</sup> al calor de las grandes movilizaciones ciudadanas que siguieron a las primeras sacudidas de la crisis mundial en la que todavía estamos inmersos. Su hipótesis fuerte es que la mera congregación de los cuerpos en el espacio público expresa una actuación performativa desde la precariedad que, al mismo tiempo que los expone a numerosos riesgos, también conduce a la impugnación y la crítica del orden institucional vigente, incapaz de garantizarle a millones de personas una vida digna de ser vivida. En esta aparición milagrosa de la multitud de los cuerpos se juega, inevitablemente, algo de la representación y de la afirmación existencial del Pueblo. El movimiento social (la minoría intensa que ocupa el espacio público) es el pueblo en un sentido mucho más vital que el del frío número que se registra en los comicios. Y, a pesar de ello, continúa latiendo en la declaración “Nosotros, el Pueblo” la contradicción de que el *populus* (la totalidad) permanece ausente. A hacer presente lo ausente y visible lo invisible, a eso le llamamos representación.

Ahora bien, nuestra autora en ningún momento logra conceptualizar la movilización de los de abajo como algo más que un *reclamar* al Estado mejores

<sup>51</sup> Butler, Judith. *Cuerpos aliados y lucha política: hacia una teoría performativa de la asamblea*. Buenos Aires: Paidós, 2019.

condiciones de vida. Ese algo más, en última instancia, sería la revolución, y la revolución es del orden del Acontecimiento, por lo que es una pérdida de tiempo gastar tinta en ella antes de que ocurra. La autodeterminación política, la libertad de reunión de la que habla Butler, no puede sustraerse de la pasividad constitutiva de transformar al Estado en el lugar (siempre monopólico) de la decisión política. Butler, que intenta demostrar que hay política más allá de la órbita estatal, cae sin embargo en una legitimación inconsciente de la estatalidad. Es decir: mientras Butler afirma que la soberanía popular, traicionada en los procedimientos representativos, descansa *en potencia* en el derecho a la revolución (lo cual es cierto), olvida que es posible llevar adelante todo un trabajo de *separación* del Estado que, sin despertar el entusiasmo generalizado (excitante y fugaz) de una revolución social, permite avizorar en miniatura el horizonte del nuevo orden. Esa separación que define a la militancia (cuya perspectiva es la de la responsabilidad absoluta, contraria a la desresponsabilización que supone delegar la resolución de los problemas al Estado) no es el *éxodo* de Hardt y Negri, sino el *como si no* de Pablo de Tarso<sup>52</sup>. No podemos explayarnos mucho aquí, pero vale indicar que si en Pablo este *como si* negativo define la relación de los cristianos con el mundo terrenal, en el caso de la militancia implica un punto de vista según el cual ella es en su praxis *como si* pudiera prescindir del Estado. En otras palabras: su horizonte está más allá de la estatalidad. Esto significa que la postura que la militancia adopta frente al Estado no es la del *éxodo* (separarse, no dejarse capturar, para no corromperse o desarticularse), sino la de un *hacer de cuenta que*. En su facticidad, la militancia necesita del Estado, que es el que garantiza el orden y todas las condiciones para que militar sea posible (de la misma manera que los primeros cristianos necesitaban de la protección del Imperio Romano, a pesar de que su Reino no era de este mundo), pero en su tarea de organización permanente la obediencia de la

<sup>52</sup> Para una explicación de la noción paulina del *como no* o *como si no*, cfr. Agamben, Giorgio. *El tiempo que resta. Comentario a la Carta a los Romanos*. Madrid: Editorial Trotta, 2006.

Ley permanece sin significado. Lo cual quiere decir que el desarrollo de la militancia (asumir la responsabilidad absoluta) coincide con el agotamiento del Estado como *forma*, como monopolio de la decisión política. Incluso, la militancia tiene su propio principio de gobierno, que no es la “felicidad del pueblo”, la “liberación nacional” o la “igualdad económica”. Para la militancia, *gobernar es crear militantes*, no atender demandas mientras se mantiene al que demanda en el punto de vista del demandante. En el hipotético caso de que conduzca el Estado, la militancia debe hacerlo *como si no fuera el Estado*<sup>53</sup>.

A lo que Butler no le concede demasiada importancia es a la gesta organizativa, lenta, disciplinada y perseverante que va modificando paulatinamente la perspectiva individual y colectiva frente a los problemas, en la medida en que la revolución que se desea para toda la sociedad tiene su bautismo en la subjetividad militante. Esto no significa que a una organización militante le esté impedido demandarle al Estado políticas públicas, leyes o reconocimiento de derechos. Lo que no puede es colocarse y petrificarse en el punto de vista del demandante, porque como lo explicó brillantemente Selci (retomando a Hegel), quien demanda y no se hace cargo de la realidad en la que vive asume la posición subjetiva de la Inocencia, del Alma Bella y, con ello, ayuda a reforzar el mundo que rechaza. La demanda tiene que ser puntual, coyuntural, táctica, a sabiendas de que lo importante es organizar la propia fuerza en autonomía estratégica, o sea, en proceso de construcción de la Libertad Popular, que no es más que sacar todas las consecuencias de la axiomática de la igualdad de la que parten los militantes comprometidos con el cambio político. Aquí los cuerpos, más que aparecer concentrados en un mismo espacio, se despliegan territorialmente: los unos se cubren a los otros de acuerdo con la división militante de una misma

<sup>53</sup> Si bien en su *Teoría de la militancia* Selci no desarrolla demasiado cuál debe ser la posición de la militancia frente al Estado, este sí es un tema central en su libro inédito, *La organización permanente*, todavía no publicado y del cual accedimos a su borrador [N. del E.: El libro ya se encuentra actualmente publicado: Selci, Damián. *La organización permanente*. Buenos Aires: Cuarenta Ríos, 2020]. Allí se explica el principio de que gobernar es crear militantes.

tarea de fondo. Ergo: no es suficiente con el entusiasmo sublime de las grandes movilizaciones si luego “la gente se vuelve a la casa”. Salir del atolladero, para Selci, es organizarse políticamente y asumir la responsabilidad sobre el mundo.

No obstante, la fenomenología del espíritu militante que Selci escribe no termina con el pasaje de la conciencia politizada al militante organizado. Y esto porque todavía el militante conserva como su tesoro más precioso el orgullo de la distinción y la superioridad sobre los cuales y, por consiguiente, la dialéctica no ha avanzado solamente por el “lado bueno” (la fidelidad y la disposición militante), sino también por el “lado malo”, que implica el crecimiento del Ego, que pronto se ve enfrentado a la Organización y sus directivas, donde el militante se aliena<sup>54</sup>. La violencia sigue operando aquí: la irrupción del antagonismo rompe por dentro toda identidad y el militante descubre que lo que la Organización le pide es desprenderse de su posesión más valiosa, el Ego, y cortar todos los lazos sustanciales con su vida previa, la “vida inauténtica”<sup>55</sup>. Este es el momento crucial en el que se desarrolla, en términos lacanianos, el “tránsito” de la operación de alienación a la operación de separación (se trata de un tiempo circular y no evolutivo, aunque interrumpido por una torsión).<sup>56</sup> Que el militante continúe obsesionado con su Ego, con mirar todo desde su vanidad, es lo que explica que no necesariamente el militante devenga Cuadro Político y pueda recaer en la condición del intelectual crítico o, peor aún, pueda quebrarse y renegar de su nueva vida como si se tratara de una quimera mortal. De acuerdo con Selci, la reconciliación entre el Ego y la Organización que se da en el Cuadro, que es la asunción de la responsabilidad absoluta (la interiorización de la contradicción, mediante la *disciplina inteligente*), implica desligarse de toda identificación simbólica, de toda referencia al gran Otro<sup>57</sup>. En palabras de Selci:

<sup>54</sup> Selci, Damián. *Teoría de la militancia: organización y poder popular*, op. cit., 128.

<sup>55</sup> Íd., 129.

<sup>56</sup> Cf. Eidelsztein, Alfredo. *Las estructuras clínicas a partir de Lacan, Volumen I: Intervalo y holofrase, locura, psicosis, psicósomática y debilidad mental*. Buenos Aires: Letra Viva, 2008.

<sup>57</sup> Selci, Damián. *Teoría de la militancia: organización y poder popular*, op. cit., 133.

Cuando tenemos la Organización en nosotros, cuando nos hacemos cargo de la Organización, ingresamos al reino terrible y angustiante de la *toma de decisiones* (...) en el Cuadro Político *la Organización se vuelve Sujeto*, vale decir, somos conminados a tomar más decisiones sin el respaldo en ninguna instancia superior, sin ningún Amo que venga a cubrirnos las espaldas si las cosas salen mal. El objetivo de la Conducción no es tener una masa de robots que apliquen sus definiciones sin chistar, sino una masa de Cuadros que tomen decisiones políticas y se hagan cargo de las consecuencias.<sup>58</sup>

Queremos detenernos en este pasaje porque es la única vez en el libro que Selci nos habla de la angustia. Y para nosotros, la angustia es la estructura clave en el proceso de transformación de la subjetividad, que lleva del politizado al Cuadro. Que solo la experiencia de la angustia nos pone de frente a la libertad, a desplegar nuestras propias posibilidades, a optar por una vida auténtica, es algo que ya dijo Martin Heidegger en *El ser y el tiempo*<sup>59</sup>, donde lo que hace la angustia es desocultar el sinsentido o la insustancialidad del *Dasein*. Lo que el militante angustiado acepta luego de sentir el impacto de la violencia del antagonismo no es el hecho de que ninguna identidad cierra, sino que es su punto de vista comprometido, que se incluye como un agujero en el orden del ser (y lo vuelve inconsistente, lo desustancializa), lo que subvierte toda identidad por dentro y coloca al sujeto ante un abismo, que es el de tener apoyo nada más que en su praxis inconmensurable, sin garantías, postulando sus propias presuposiciones y presuponiéndose como el que postula. Lacan abordó el problema de la angustia en el *Seminario X*<sup>60</sup>, partiendo de la vieja distinción entre miedo y angustia. Si el miedo se da siempre frente a una amenaza externa, la angustia (en tanto señal y defensa) se va a producir sin causa pero, agregará Lacan, *no sin objeto*. El objeto es, por supuesto, el *a*, el resto excrementicio que queda por fuera del ingreso al

<sup>58</sup> *Íd.*, 134.

<sup>59</sup> Heidegger, Martin. *El ser y el tiempo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2014.

<sup>60</sup> Lacan, Jacques. *El seminario de Jacques Lacan, Libro 10: La angustia*. Buenos Aires: Paidós, 2006.

campo del Otro, el pedazo de carne, para siempre perdido, que le falta al viviente.<sup>61</sup> La angustia ocurre en el límite del yo y es una señal dirigida al sujeto, para advertirle del deseo inconsciente que, al concernir al ser, pone en cuestión la imagen narcisista que el Yo tiene de sí. Lo que alerta, en última instancia, es la aterradora proximidad de la Cosa, que lleva al discurso neurótico a ocasionar su propio fracaso, para huirle a la traumática irrupción de lo real. Por eso, explica Lacan, *la angustia es lo que no engaña*.<sup>62</sup> De ahí que en el análisis la superación de la angustia requiera la asunción de la castración en el Otro, o sea, que no hay Otro del Otro, que el Otro no sabe. En otros términos, este pasaje (conceptual) de la alienación a la separación, que Lacan describe en el *Seminario XI*,<sup>63</sup> implica renunciar a la instancia despótica del SuperYó y cortar la transferencia, para reconciliarnos con el núcleo fundamental de nuestro deseo.<sup>64</sup> O, en otras palabras, se cancela la función del sujeto supuesto saber, sea este el analista o el líder, articulándose la propia falta con la falta en el Otro. En la *Teoría de la militancia* de Selci aquel estadio último se alcanza con el Cuadro que, al asumir la responsabilidad absoluta sobre el mundo, asume también el antagonismo, la incompletud ontológica de la realidad. Y, por consiguiente, su radical apertura.

Queda entonces por responder una pregunta: ¿qué pasa con el antagonismo cuando se lo ha interiorizado hasta el final? ¿Qué significa que el antagonismo sea inerradicable cuando devenimos Cuadro Político? ¿Qué quiere decir, en síntesis, *responsabilidad absoluta*? Empecemos por esto último: la responsabilidad absoluta es la responsabilidad por la responsabilidad del Otro.<sup>65</sup> No la responsabilidad por el Otro, por el huérfano, la viuda o el extranjero (las figuras bíblicas del desamparado), sino por su responsabilidad. O sea: lo que

<sup>61</sup> Íd., 237.

<sup>62</sup> Íd., 336.

<sup>63</sup> Lacan, Jacques. *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis, Seminario XI*. Barcelona: Barral Editores, 1977.

<sup>64</sup> Cf. Rabinovich, Norberto. *El nombre del padre: articulación entre la letra, la ley y el goce*. Buenos Aires: Norberto Guillermo Rabinovich, 2017.

<sup>65</sup> Todo esto Selci lo introduce y lo reflexiona más a fondo en su nuevo libro *La organización permanente*, del que ya hicimos mención.

pretende el militante es que el Otro se vuelva militante y por ello su confianza es una confianza en el Otro. Lo que “descubre” el Cuadro es que no es un Yo: su Yo es Otro, porque asume la responsabilidad (rinde cuentas) de lo que el Otro hace. En ese sentido, la utopía del País Militante, que Selci presenta al final de su libro,<sup>66</sup> no supone la erradicación del antagonismo, sino hacerse cargo plenamente de él. Pero aquí el antagonismo no puede significar un conflicto irreconciliable entre agrupamientos hostiles (que se coconstituyen y, a la vez, se obstaculizan). ¿No es tan metafísico sugerir la eternidad del conflicto como la necesidad de su superación? En la perspectiva de Selci el antagonismo es el nombre del sinsentido, de la falta de fundamento, de que nada de lo que es racional o puede articularse en una totalidad de sentido perfectamente estable. Nada es necesario y, por ende, nada está garantizado: todo lo que es podría ser de otra manera (solo es necesario retroactivamente, mientras que la apertura al futuro es riesgosa y contingente)<sup>67</sup>. En ese marco, la militancia, que carece de todo fundamento externo en el que apoyarse, *decide* autofundamentarse y sostener su propia consistencia a través de la fidelidad. Como no hay nada asegurado a priori, de una vez y para siempre, la militancia se pone en el lugar de Dios (muerto) y, asumiendo toda la responsabilidad, se encarga también de mantenerse organizada, de mantenerse militante. Mantenerse militante no es otra cosa que convocar e incorporar a otros a la militancia. Ahí está el *quid* del pensamiento de Selci.

### Conclusión

Este trabajo ha girado en torno de la noción de antagonismo, considerada tal como la entienden Laclau y Mouffe, para mostrar que la teoría del populismo debe ser “completada” con una teoría de la militancia que le es interna, según la expuso Damián Selci. Desde su punto de vista, el antagonismo continúa siendo irreductible, pero puede

<sup>66</sup> Selci, Damián. *Teoría de la Militancia: organización y poder popular*, op. cit., 181-189.

<sup>67</sup> Podríamos decir que Selci realiza una traducción política del realismo especulativo de Quentin Meillassoux. Cfr. Meillassoux, Quentin. *Después de la finitud. Ensayo sobre la necesidad de la contingencia*. Buenos Aires: Caja Negra, 2018.

ser interiorizado, es decir, podemos hacernos cargo de él. Esto es lo que ocurre con la posición subjetiva del Cuadro Político, que al asumir la responsabilidad absoluta sobre el mundo, imita el gesto desgarrador del Cristo crucificado, el cual con su sacrificio y su posterior resurrección, según la tradición neotestamentaria, nos ha redimido del pecado original, de nuestra vida-en-Adán. Es perfectamente viable una lectura cristológica de la obra de Selci, donde la violencia del antagonismo nunca es superada y, entonces, lo que hace el Cuadro es poner de manifiesto que su propia falta no puede ser resuelta por una supuesta completitud de algún Otro que nos venga a cubrir las espaldas y a quien se le puede delegar toda la responsabilidad. La falta del Cuadro se superpone con la falta del Otro (función que pueden cumplir el Líder, el Estado, la Oligarquía, etc.). El Cuadro tiene que sustituir el objeto perdido (la plenitud) por otra cosa y esa cosa es un gigantesco “hacerse cargo” del Mundo, que lo pone de frente a lo que Selci denomina, quizás en un sentido existencialista, la libertad. Lo cual no significa dejar atrás la alienación, sino aceptar que aun cuando los resultados de nuestras acciones se seguirán escapando de nuestras manos (porque ingresarán a un universo de múltiples interpretaciones) somos responsables de ellas y de todo lo demás, incluido aquello de lo que no somos culpables. El Cuadro tiene que llevar la carga de una violencia que lo divide por dentro y esa es la violencia del antagonismo. Enfrentarse diariamente con esta fractura es lo que se llama “hacer política”.

En resumen, Selci ha mostrado una manera diferente de lidiar con la categoría de antagonismo, sin la cual la militancia no puede explicarse. Que el antagonismo no se resuelva, pero sí se interiorice lleva a la configuración de una subjetividad que, teniendo que enfrentarse con innumerables tensiones, asume la carga del sinsentido, de la absoluta necesidad de la contingencia y, así, abre al pensamiento un horizonte nuevo, en el cual las utopías ya no representan algo descabellado (imposible) o criminal (indeseable). La joven obra de Selci, todavía en desarrollo, es, en definitiva, un contundente llamado a despertarnos de la inocencia, o sea, a la responsabilidad, o sea, a la militancia.